

tenticidad e inocencia que prolonga a su modo la iluminante tradición de San Francisco de Asís. Nada más lejos de Saba que un juego simulatorio, cualquiera sea la variante que demos al término; al contrario, su arte no sólo se muestra refractario a cualquier voz que no sea la cotidiana y directa, sino que en refuerzo de su credo el poeta será de los pocos dispuestos a encarar el psicoanálisis, confrontando con el autoconocimiento psicológico su tentativa creatora. "El Cancionero", el título que recoge la suma de sus libros, documenta líricamente la biografía de un hombre de nuestro tiempo cuyas páginas reproducen, antes que los ecos de presencias interpuestas, el franco registro del sufrimiento y la alegría, la concreta humanidad de quien reivindicó el sentimiento de ser y de querer ser igual a todos los hombres, de vivir la diaria vida de todos. "El Cancionero" resume así en su personal coherencia lo que Pessoa diversifica en atributos complementarios. Todos los nombres que aparecen en el libro de Saba son reales, son nombres de mujeres y hombres cercanos a su vida, incorporados a su poesía. Sabemos que los mencionados por Pessoa no existieron realmente, ¿cabrá decir por ésto que son menos verdaderos? ¿Será menos honesta la voz de Caeiro, lo que sólo por la voz de Caeiro puede decirnos Fernando Pessoa? Es aquí donde la verdad del hallazgo acaso sea la única que puede respondernos por la sinceridad artística. En todo caso, como lectores, hemos de agradecer a Caeiro, si no su existencia verdadera, su existencia en Pessoa, vale decir, lo que a través de su palabra el poeta llegó a decirnos y que de otro modo probablemente nunca nos habría dicho.

En uno de sus más conocidos poemas el cosmopolita A. C. Barnabooth, whitmaniano como Alvaro de Campos pero de talante más sereno y refinado, confiesa que al escribir siempre cubre su rostro con una máscara. Ya antes había dicho Wilde de que el hombre se inclina a mentir cuando habla por sí mismo. "Prestadle una máscara –añade Wilde– y os

dirá la verdad". Más allá del efecto que pretenden estas frases, es innegable que la escritura oblicua, lejos de proponerse un escamoteo moral, un gratuito juego mistificador, ha procurado confiarnos una verdad. Bien sabemos que como opción creadora al fin y al cabo nada garantiza por sí sola. No por apócrifos nos interesan Mairena y Caeiro. La fórmula oblicua de hecho incorpora perspectivas inéditas y se presta al sondeo de las ocultas contradicciones, encarando las zonas más vela-

das al yo, pero no brinda certeza anticipada de ningún logro cierto. Si *Los Cuadernos de Malte Laurids Brigge* conservan hasta hoy su reconocida validez es porque, como bien dice Angeloz, sus páginas "nacieron del deseo de ver claro en sí mismo" que motivó a su autor y, sobre decirlo, por el genio de Rilke. No menos cabe afirmar de los otros grandes poetas de nuestro siglo que en distintos idiomas y países prestaron ocasionalmente la voz a sus misteriosos emisarios.

CARMEN DOLORES TRELLES

LA VISION BIOGRAFICA DE MIGUEL FERDINANDY

Este importantísimo historiador húngaro, miembro de la Universidad de Puerto Rico, siempre ha mantenido vínculos con Colombia. Hoy llega a nuestras librerías su biografía *Felipe II*, "Esplendor y ocaso del poderío español", publicada en Madrid para Edhasa. Don Miguel de Ferdinandy nació en Budapest en 1912 y estudió filosofía, historia, historia del arte y arqueología (en Budapest, Roma y Berlín).

Don Miguel de Ferdinandy, húngaro de nacimiento, escritor de erudición y de creación, llegó a Puerto Rico en el año 1950 para enseñar en Río Piedras.

Tal vez ni siquiera aquéllos que han conocido, a través de sus años de docencia, a este hombre alto, elegante, de ademán correcto y ojos por donde asoma una leve ironía, cablen bien la magnitud de su obra. Entre los más de 357 títulos (entre libros y artículos) que tiene publicados, hay varias biografías de soberanos europeos que han abierto nuevos caminos para la interpretación de los biografiados. Anterior a la de Felipe II es la del padre de éste, Car-

los V, realizada en gran parte siguiendo las ideas de Jung. También ha escrito sobre Otón III y sobre Genghis Khan.

El estudioso, que es asimismo novelista, dice de sus biografías: "Normalmente todo empieza con una visión. Puede ser que yo vea una figura mientras estoy sentado a mi mesa. Y también puede ser lo que pasó con mi biografía de Carlos V. Yo entré en la pinacoteca de Munich y estuve sentado durante una hora entera ante aquel magnífico retrato que le hizo Tiziano, en que él se encuentra sentado. Al levantarme dije: 'voy a escribir de este hombre'. He tenido

la visión; la he captado. Es algo muy agradable".

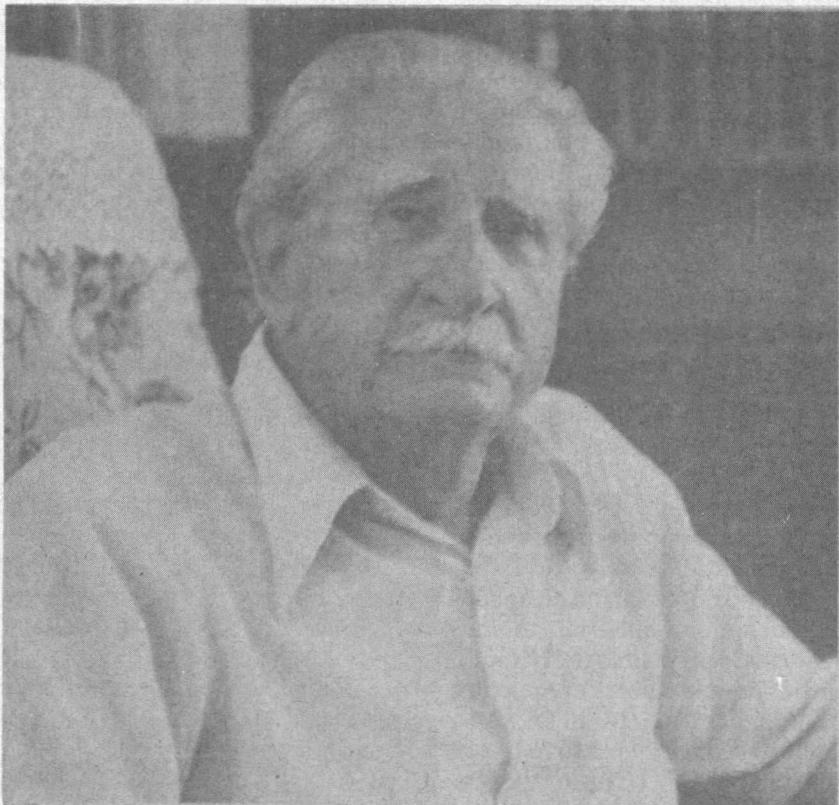
Felipe II es, para Ferdinandy, mucho más complejo que su padre. "Carlos V es un hombre que, según una expresión húngara, llevaba su corazón sobre la frente. Pero Felipe no; Felipe esconde todo y es muy difícil llegar a él. No es nada espontáneo. Todo lo pensaba mucho, desde muchos lados. Pudo ser cruel en ocasiones, pero al fin era un hombre moral, un hombre ético, que se basaba en su inquebrantable fe".

La "visión" que precedió a la biografía de Felipe II fue diferente y más compleja que la que precedió a la de su padre. "La cara de Felipe no promete lo mismo que la cara del padre. La cara del padre era mucho más interesante. Felipe tiene, curiosamente, algo de blando en la cara".

La visión, sin embargo, se produjo. "Me di cuenta de la magnitud de esta figura tan discutida que es Felipe cuando en una noche de Año Nuevo, con mis parientes españoles, se nos ocurrió a todos ir al Escorial. Ahí, en la noche, yo entré y estuve sentado tres cuartos de hora, mirando todo aquello, que es obra de él. El no fue, ciertamente, arquitecto, pero dijo cómo y dónde quería las cosas y de qué tamaño, etc. Al salir yo les dije a mis parientes: 'Este hombre fue muy grande'. Ahí, en esos tres cuartos de hora, vino el libro de Felipe II".

"Quise caracterizar al hombre con lo bueno y con lo malo. Era una gran figura, a final de cuentas, lo que no se puede decir de Felipe III ni de Felipe IV". En esta concepción de sus biografiados, entre luces y sombras, se ve algo del *novelista* que también es Ferdinandy. "Sucedé como con los personajes de una novela. Uno tiene que meterse en aquellas figuras. En eso no hay diferencia entre la historiografía y la novelística. No se puede escribir una novela en que el héroe sea todo malo. Para que interese tiene que tener algún lado positivo. Tampoco puede ser demasiado bueno".

"Yo aprendí eso desde muy joven, en la historia húngara, en que hasta los santos tienen sus cosas.



Don Miguel de Ferdinandy

Cuando yo tenía unos 13 ó 14 años no me gustaba que San Esteban de Hungría hubiera sepultado a uno de los últimos paganos, junto con su mujer, mientras estaban aún vivos. Es realmente un santo raro. Muy temprano llegué a la convicción de que una figura humana es una figura humana. Es, sencillamente, así".

El estudioso pone una gran riqueza de recursos al servicio de sus biografías. "Yo siempre he pensado que tanto la poesía como las artes plásticas son parte de la caracterización histórica. Y si algún escritor no las utiliza, mutila su visión. Para mí es muy importante la cara de un hombre de quien estoy escribiendo. También me interesan sus cartas personales, como las que le escribe Felipe II a sus hijas. Ahí se puede ver el otro lado de Felipe. Firma *el buen padre vuestro* y realmente lo era".

¿Cuál será su próxima "visión"? La Academia de Hungría le ha pedido que escriba la biografía de Isabel

la Católica como homenaje del pueblo húngaro a la celebración del Quinto Centenario. La distinción es enorme. Ferdinandy, sin embargo, se muestra reacio. Hacia ella no siente simpatía. "Destruyó a su hija, Juana la loca", dice. "Destruyó el reino de Granada al que le había prometido –en la rendición– respetar las libertades, hasta las religiosas, y no lo hizo. Destruyó la cultura árabe, con la única excepción de que sacó los libros de medicina. El resto todo lo quemó, junto con aquel Cisneros, el cardenal".

"El Rey Católico, cuando supo que ella y Cisneros estaban en Granada e iban a destruir el Generalife, cabalgó furiosamente –hasta el punto de que dos ó tres caballos cayeron muertos– desde Medina del Campo para llegar antes de que pudiera destruirlo. Tenemos al Generalife por esa cabalgata loca del rey. Luego, al saber él que habían destruido toda la poesía y otros libros árabes, lloró a lágrima viva. Yo con mucho más

gusto escribiría de Fernando el Católico".

Una empresa literaria que está llevando a cabo Ferdinandy desde hace 50 años es una serie de novelas en húngaro, la historia de una familia que comienza en el 1825, el año de la reforma nacional en el país, y que él piensa llevar hasta el 1919, cuando cae el reino de Hungría. La primera, *Los Szwentgaliak*, apareció en el 1943, cuando el autor tenía 30 años. Ya tiene seis de las siete que ha proyectado. La segunda se publicó en el 1944 y luego hubo un hiato de 37 años y siguió la historia donde la dejó.

Ferdinandy, que viaja ahora frecuentemente a su país natal, cita en broma al *dios de los húngaros*. Explica luego que no se trataba de un ídolo sino de un dios inmortal. "Somos o hemos sido un pueblo del páramo, como los judíos", dice. "Los pueblos del páramo tienen un solo Dios que es inmortal e invisible. Eso lo trae el

paisaje. Donde hay muchos montes y cuevas hay muchos dioses. Por eso fue tan fácil que Hungría se convirtiera al cristianismo porque el Dios era el mismo; hasta los nombres quedaron".

La vida del estudioso ha sido asaz interesante. Salió de Hungría durante la II Guerra Mundial en un azaroso viaje que lo llevó a Portugal, en donde fundó, por encargo del Secretario del Estado de su país, el lectorado húngaro en la Universidad de Lisboa. Había escrito varios artículos contra los nazis que le trajeron problemas con la embajada en Portugal. Pasó poco después a la Universidad de Mendoza en la Argentina, adonde recibió una invitación para venir a Puerto Rico. Tanto él como su esposa, Magdalena, enseñaron durante años en Río Piedras. Su retiro actual es tan fructífero que en él se va alargando considerablemente la ya larga lista de títulos que comprende su bibliografía.

ciendo la lucha, convocando congresos, fusilando y capitulando. Se rumoraba que el manuscrito había sido leído varias veces por varios presidentes y comandantes y que muchos de los adjetivos y verbos de la novela habían sido repasados por las miradas de algunos lectores capaces de advertir al paso de la lectura dónde se aflojaba la tierra de la prosa. Por fin, el día menos pensado de la primavera salió publicada la novela. Con bombo y platillos, con pitos y flautas. Con salvas periodísticas y publicitarias que muy pronto se confundieron con los cañonazos de las aguerridas polémicas que debía desencadenar *El general en su laberinto*. Hubo, sin embargo, más polvo y más pólvora de la esperada. A los cañonazos y a los fuegos artificiales de la bobería diplomada —que inscribían a *El general* en la novela del Dictador sin atreverse a admitir que Bolívar podía haberlo sido ni a conceder que el personaje inexplicablemente se la había ido de las manos al novelista— sucedió un silencio incómodo y devastador. El desamparo que emanaba de aquellas páginas como un olor fétido a creciente de río molestaba al público que no la compraba o que la compraba para no leerla —como Bolívar mismo con sus bibliotecas— o que la leía a moriscos o que la leía íntegra y quedaba desmejorado como el que ha pasado en vela una noche al pie de la cama de un enfermo. Qué decepción, las alegres y fáciles comadronas de las leyendas festivas y cursis de otras novelas se habían transformado en un coro de espectros que ululaba América os brinda espléndido festín. Qué tedio, cuchicheaban bajo cuerda los políticos y empresarios que suelen leer resúmenes de libros y que ya se habían acostumbrado a leer completos los de García Márquez siguiendo el ritmo de las frases con una mano de director de orquesta. Todavía —decían— *El otoño del patriarca* era tolerable porque, al menos, como el viejo dictador perenne estaba echado del lado oscuro de la historia, todos, empezando por el novelista, nos podíamos reír de él, reír hasta compade-

ADOLFO CASTAÑON
(Méjico)

GABRIEL GARCIA MARQUEZ *El General en su laberinto**

Cuando salió a la luz *El general en su laberinto* ya todos sabíamos que en la nueva novela se moría Bolívar. Desde un año antes, había comenzado a correr la noticia de que García Márquez volvería por sus fueros épicos. Algunos decían conocer el título, se rumoraba que el autor había reunido una documentación prodi-

giosa en torno a la época y al personaje y que incluso había averiguado —era cierto— los días de luna llena en que se desarrollaba la acción. Se corría la voz de que el manuscrito había atravesado varias veces el Atlántico antes de ser publicado, para ser leído por los amigos cercanos y secretos del autor dispersos por todo el orbe, que el novelista había hecho ya varios viajes a Venezuela y a Colombia para entrevistarse con los historiadores silenciosos que gobernan el pasado como si fuese un vasto imperio donde, después de muertos, los generales y los pueblos siguen ordenando cargas, sublevándose, ha-

* Ediciones del Equilibrista firmada por el autor México, 1989. Editorial Diana, México, 1989. Editorial Oveja Negra, Bogotá, 1989. Casa de las Américas, La Habana, 1989. Ed. Sudamericana, Santiago de Chile, 1989. Ed. Sudamericana. Buenos Aires, 1989. Editorial Rondadori, Madrid, 1989.